

SERMONES

SOBRE ALGUNOS

MISTERIOS DE JESUCRISTO.

PRIMER PANEGÍRICO DEL DULCE NOMBRE
DE JESÚS

(predicado en Medellín [Colombia], 1889).

El nombre sobre todo nombre.

Donavit illi nomen quod est super omne
nomen.

Dióle Dios un nombre que es superior á todo
nombre.

Phil. 2, 9.

1. Llena de entusiasmo y santa gratitud celebra hoy la Compañía de Jesús, mi Madre, la fiesta de este santo Nombre, su fiesta titular. Porque no ignoráis, cristianos, que, así como á María santísima le fué revelado por el ángel que el Santo que traería en sus entrañas se había de llamar Hijo de Dios: *Quod nascetur ex te Sanctum vocabitur Filius Dei*¹, y á José le fué mandado imponer á este hijo el nombre de Jesús²; así también, por singular prerrogativa de la divina bondad, fuéle mostrado á Ignacio de Loyola en el libro de los divinos decretos, que el nombre destinado á la sagrada milicia que él había concebido en su extático pensamiento, era precisamente el de *Compañía de Jesús*³. Y, como nada fué bastante para arrancar su nombre al Redentor del mundo, el cual lo hizo brillar más que nunca sobre la cabeza del madero afrentoso de la cruz, de la misma suerte no ha bastado fuerza ni poder hu-

¹ Luc. 1, 35.

² Matth. 1, 25.

³ Vita S. Ignatii et Hist. Soc. Iesu.

mano para arrebatarse á la Compañía, aun perseguida, aun crucificada, la inestimable divisa que lleva en su frente. El cielo se la ha dado: la suprema autoridad de la Iglesia se la ha confirmado desde la cuna¹ hasta el momento mismo de sacrificarla en aras de la paz, y no ha podido el odio conjurado de tres poderosos monarcas² impedir que la aborrecida y extinguida Compañía recobrase, al renacer de sus mismas cenizas, el nombre glorioso que llevó al morir, de *Compañía de Jesús*. ¿Por qué no hemos de ver en esto los hijos de Ignacio una prueba manifiesta y brillante de predilección y nunca desmentido cariño para con nuestra religión por parte de aquel benignísimo *Jesús* que la honró desde el primer día con la regia divisa de su nombre? ¿Por qué no nos será lícito, como al Apóstol³, gloriarnos en el nombre de Jesús? Sabemos muy bien la pesada carga que este nombre nos impone, que no es sino la abnegación llevada hasta el sacrificio, como quiera que el Hijo de Dios, según el Apóstol, no recibió el nombre que está por encima de todo nombre, sino por haberse humillado y hecho obediente hasta morir en la cruz⁴. ¿Qué valen, empero, todas las humillaciones del martirio ante el resplandor de esa gloria que alcanza á difundirse sobre todos cuantos tienen la honra de llevar tan alto nombre?

2. Esta gloria es la misma que el Apóstol encargado de llevar el nombre de Jesús á todas las naciones⁵ pregonaba con las magníficas palabras: *nomen super omne nomen*, nombre sin igual, ante quien doblan la rodilla

¹ *Iul. III.*, «Pastoral. officii».

² Los reyes de Francia, España y Portugal.

³ *Phil. 3, 3.* ⁴ *Phil. 2, 8.* ⁵ *Act. 9, 15.*

cielos, tierra é infierno¹. ¿Quién pudiera ensalzarlo dignamente? Mas ¿qué puede añadirse, hermanos míos, á los conceptos sublimes del Apóstol? ¿puede enaltecerse más un nombre que poniéndole por encima de todos, sin excepción alguna: *super omne nomen*? Si, pues, el sentido literal de las palabras no nos engaña, el Apóstol coloca el nombre de *Jesús* más arriba que aquellos otros nombres por los cuales conocemos y adoramos á Aquel cuyo nombre propio ninguna inteligencia creada es capaz de pronunciar; porque, si bien cada uno de esos nombres nos revela alguna de las divinas perfecciones, el dulce y sacrosanto nombre de *Jesús* nos da entrada, por decirlo así, al conocimiento pleno de aquel misterio secular, de aquella obra divina entre las divinas por la cual quiso Dios ser conocido y adorado de todas las criaturas, á saber, la obra de la salvación. De ahí es que, al sonar este nombre, toda la creación se conmueve y cae de rodillas: un himno de amor y de alabanza resuena en las celestes bóvedas, cuyas suaves notas repercute la tierra; y hasta el hondo abismo se estremece de espanto. Tal es el pensamiento del Apóstol, cuyo desarrollo formará todo el panegírico del Dulce Nombre; y para llevarlo á cabo dignamente implorad conmigo las luces de lo alto por mediación de aquella cuyo nombre es el más venerable después del de Jesús: *Ave María*.

I.

3. Es ley del Altísimo, promulgada por el gran vocero del evangelio, por el Apóstol de las visiones del tercer cielo, como lo habéis oído, cristianos, que *al*

¹ *Phil. 2, 10.*

nombre de Jesús se doble toda rodilla en las regiones del cielo. Mas, ¿cómo así, hermanos míos, cuando tal homenaje de adoración latréutica parece reservado exclusivamente para honrar á Aquél que vió Isafas sentado sobre un trono excelso y elevado sobre el trono de la Majestad?¹ Precisamente por esto, porque el nombre de Jesús es el nombre del Hijo unigénito de Dios, pertenece al Verbo hecho carne, al Cordero de Dios sacrificado en el altar de la justicia eterna para retornar al Padre toda la gloria que le robó el pecado. Y de ese Cordero, sentado en el mismo solio que el Omnipotente, cantaban millares de millares de ángeles con voz que atronaba los ámbitos del cielo: *Digno es el Cordero que ha sido muerto, de recibir el poder y la divinidad, y la sabiduría y la fortaleza, y el honor y la gloria y bendición*². Y es el Cordero, Cristo Jesús, á quien todas las criaturas, en inmenso acorde con los ángeles, saludan diciendo: *Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea bendición y honor y gloria y poder por siglos de siglos*³.

4. Acaso á alguno ocurra preguntar, ¿por qué en los ángeles tanto entusiasmo por el Cordero que murió, no por ellos, sino por los hombres? ¡Ah! hermanos míos: porque si Jesús es sólo Redentor del género humano, es también, y con absoluta verdad, Salvador de los ángeles, como lo afirma con el asentimiento de toda la Iglesia el melifluo San Bernardo: *Idem quippe et angeli salvator et hominis*⁴. De manera que, si deben estos bienaventurados espíritus el ser natural á Dios Criador, la gracia y la gloria débensela á Jesús, Dios Salvador.

¹ Is. 6, 1.² Apoc. 5, 12.³ Apoc. 5, 13.⁴ Serm. 1 de Circumcis.

En efecto, bastaría el pasaje citado del Apocalipsis para hacernos comprender la extensión universal de la acción salvadora del Verbo Encarnado. Pero oíd de nuevo á Pablo, el mensajero del nombre de Jesús, anunciando á los colosenses que Cristo ha sellado con su sangre la paz del cielo y de la tierra: *Pacificans per sanguinem... sive que in terris sive que in cælis sunt*¹. Haya sido, ó no, el objeto propuesto á la adoración de los ángeles, en la hora de la prueba, el Hijo del hombre, consustancial con Dios, lo cierto, lo indudable es que fué el brazo de Cristo, fué Jesús quien sostuvo con su virtud á los que permanecieron fieles en aquel espantoso cataclismo en que fueron derribadas tantas estrellas del firmamento. Por eso mientras Luzbel y sus pérfidos secuaces arrojan imprecaciones de rabia contra el Hijo del hombre, Miguel y sus cohortes de espíritus gloriosos, toda aquella multitud de millares que oyó San Juan en su Revelación, cantan en mitad del cielo: *Quis sicut Deus?*² que es como decir: ¡Viva Jesús! ¿quién tan poderoso como el Hijo de Dios?

5. Después, cuando, llegada la plenitud de los tiempos³, esto es, al rebosar el mar de gracia que inundó los cielos, dilatando hasta la tierra sus riberas, nace Jesús en la gruta de Belén, déjase ver de los hombres y escuchar una alada muchedumbre, como avanzada del ejército celestial⁴, como lluvia de estrellas, iluminando el contorno, y con voces nunca oídas del humano sentido, alabando á Dios y pregonando al Salvador de las alturas y Pacificador de la tierra: *Gloria in altissimis Deo...* Ya antes de nacer Jesús, había Gabriel pre-

¹ Col. 1, 20.² Michael, quod interpretatur..., ut supra.³ Gal. 4, 4.⁴ Luc. 2, 13.

conizado su nombre hablando á María y á José, como quien de muy atrás conocía su virtud omnipotente experimentada en el cielo¹. De ahí en adelante los ángeles rodearon á Jesús, como guardia noble que escolta y hace los honores á su Rey, acompañándole en todas sus peregrinaciones; asistiéronle y le sirvieron á la mesa en el Desierto, confortáronle en el Huerto de la agonía, prontos como aguerridas legiones á despedazar á sus enemigos, si él se lo permitiera, lloraron con él junto á la Cruz, celebraron su triunfo después de su resurrección, y finalmente volvieron con él á entrar en el reino de la gloria en el gran día de la Ascensión á los cielos. Con él bajarán también en nube de gloria y majestad cuando venga á juzgar á los vivos y á los muertos en el último día de la humanidad. ¡Oh, cuán indisolubles son los lazos de amor que unen á los santos ángeles con su adorado Jesús! Lo mismo que le acompañaron en la tierra, cércanle hoy en las alturas del cielo, y le adoran día y noche en la lobreguez del tabernáculo.

6. De ahí procede que los espíritus más encumbrados en la jerarquía por la luz de la inteligencia y el vivo fuego de la voluntad, permanezcan en actitud extática, abismados en la dulce adoración del nombre de Jesús, de la manera que se complace en representarlos en el lienzo el pincel de artista cristiano. Pues, ¿quién sino aquellas inteligencias clarísimas de los querubines podrá descubrir los tesoros de perfección que encierra un nombre puesto á la medida de la dignidad infinita de la Persona que lo lleva? ¿Quién, sino el ángel, que es todo armonía y belleza, nos dará razón de la armonía inefable y hermosura de ese nombre? Si aun para el

¹ Matth. 1, 21.

hombre miserable y pecador, sordo y mudo para todo lo divino, verdadero y bello, es tan dulce el nombre de Jesús, que nada puede serlo más: *Nil canitur suavius...*¹, ¿qué será, carísimos hermanos, para el oído angélico, tan sensible á las más delicadas vibraciones del mundo espiritual? ¿Quién sino el serafín, brasa de amor en que se quema y derrite el incienso de la más pura adoración, alcanzará á gustar las dulzuras de este nombre, que es júbilo para todo corazón amante? y ¿quién otro alcanzará á pintarnos los incendios, los transportes de amor en que se pierde un corazón seráfico entre los suaves resplandores del nombre de Jesús?

Por cierto, hermanos míos, tengo por una de las más sublimes prerrogativas del ser angélico el poder contemplar de lleno y abismarse en la infinita suavidad de ese nombre, en el cual, al decir del Apóstol, están concentrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios²; no de otra suerte que es prerrogativa del ojo del águila real el poder mirar de hito en hito, y, como dijo un poeta, beber en el viento la roja luz del sol esplendoroso al mediodía. Y aun por eso creo que el hombre mismo, al hacer de ese nombre santo el objeto predilecto de su contemplación y el imán de su cariño, elévase también, como por natural impulso, á condiciones más bien angélicas que humanas. Pablo, Ignacio de Antioquía, Bernardino de Sena, Ignacio de Loyola... ¿qué son sino ángeles por la pureza de cuerpo y mente, querubines por la sabiduría altísima, serafines por los rápidos vuelos del amor? ¿Y no han sido ellos también las grandes Apóstoles del nombre de Jesús?

¹ Eccl. in offic. SS. Nom. Iesu.

² Col. 2, 3.